

Alberto Asensio
Tres reglas

Aún no lo sabían, pero aquella primera cita iba a marcar un antes y un después en el negocio de las relaciones interpersonales. Para ellos iba a ser lo que Tinder había sido para las generaciones anteriores.

—¿Daniel?

—¿Iselina? ¡Encantado de conocerte! Siéntate, ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa.

—Nada como un sofá Slatöp para aliviar estos momentos de incomodidad, je, je, je... —comentó Iselina mientras se sentaba y se recostaba buscando el punto exacto que le permitiera relajar la espalda, estilizar la figura y disimular el michelín discretamente tras el antebrazo, sin dejar de parecer espontánea y natural.

—¿Te gusta el sofá? ¿Te imaginas echando una tarde aquí, comiendo palomitas y viendo unos capítulos?

—Yo soy más de Ektörp, pero este podría valer.

A Daniel le agradó saber que Iselina tenía opinión y criterio sobre sofás suecos. Además, supo que no había causado una mala primera impresión porque ella no había rechazado la idea de la serie y las palomitas. Estaba pensando un nuevo comentario chistoso para romper el hielo cuando ella le miró fijamente arqueando las cejas; quería recordarle algo.

—¡El minuto! ¡El minuto de silencio! —exclamó Daniel azorado.

Se había olvidado de la tercera de las reglas que había definido el algoritmo para fijar aquel primer encuentro. Ambos se sellaron la boca con una cremallera imaginaria, respiraron hondo y sonrieron.

Durante el tiempo que estuvieron sin decir nada, cientos de pensamientos fugaces y dispersos iban y venían por sus cabezas. Ningún entrenamiento de *mindfulness* te prepara para una cita a ciegas que empieza con una premisa tan descabellada:

“Regla nº 3: Cuando se encuentren, permanecerán en silencio durante al menos un minuto, o dos, o tres, disfrutando de la compañía. El primero que diga algo ha de asegurarse de que no habla por romper un silencio incómodo, sino que lo hace porque realmente hay algo que le apetece compartir”.

—Gracias.

—Gracias a ti por venir.

—Es mi primera cita a ciegas presencial.

—Yo he probado todos los algoritmos, ninguno funciona; si no fuera por el dineral que me gasto en terapia ya me habría rendido; estaría convencido de que no sirvo para el amor.

—Mis abuelos se conocieron en Tinder, tras la primera pandemia.

—Ah, los felices veinte, qué tiempos aquellos.

—Sí, pero piensa en aquella aplicación, eran solo fotos y textos chorras. La gente hacía match, se veían en persona, se enamoraban... ¿Te imaginas enamorarte de alguien y que una relación te dure casi media vida?

—Lo de mis abuelos fue más fuerte, se conocieron en la calle. Se miraron, se hablaron, se gustaron... así nació mi madre, amor “in vivo”, al natural. Estuvieron juntos más de veinte años.

—¿Tu madre está viva?

—Sí, ¿por?

—Je, je —se ruborizó Iselina.

—¿Qué pasa?

—Nada, perdona; me he imaginado que si tienes madre yo podría tener una suegra, una suegra de verdad, ¡como en los chistes antiguos! Nunca he tenido una suegra; mi única relación de larga duración fue mi gatimONIO con Leo. Enviudé hace medio año y aquí estoy, rehaciendo mi vida después del duelo.

—Te entiendo, la relación que tengo con Rex, mi pastor alemán, no la he tenido con nadie.

—¿Dejarías a Rex por mí si yo te lo pidiera? —Daniel no tuvo que decir nada en su rostro se dibujó una mueca de horror ante la sola idea de tener que abandonar a su amigo más fiel por una relación amorosa con una humana—. Ja, ja, ja, no hace falta que contestes, era broma, ni se me pasa por la cabeza. Por supuesto que si vives con Rex tendré que ganarme su amor y su cariño tanto como el tuyo. ¡Ándate con ojo porque podría ser que tu perro terminara queriéndome más que a ti!

Ambos se rieron. Por primera vez en mucho tiempo se encontraban realmente cómodos en una conversación frente a frente con un desconocido, sin necesidad de impresionar, sin necesidad de calibrar; casi podían ser ellos mismos. La mano de Iselina rozó levemente el codo de Daniel y éste se quedó helado. Se volvieron a rozar, torpes.

—En la época de mis padres estas cosas las solucionaban bebiendo. Se emborrachaban y así todo era mucho más fácil. Ojalá tener ese superpoder de hablar con desconocidos por la calle, vivir sin ansiedad, poder mirar a los ojos.

—Sí, en esas fiestas analógicas que salen en las películas, la gente terminaba amontonándose en la cocina. Bebían, fumaban, se tocaban...

—Podemos imaginarnos qué pasaría si fuéramos una pareja de verdad, ¿te imaginas? Dos adultos de los de antes, que compren un piso, escogen muebles... ¿Entonces te gusta este sofá, he escogido bien? ¡Vamos a por la cocina!

—¡Vamos!

Caminaron por el pasillo comentando los muebles y jugando a ser una pareja socialmente funcional, como alguna vez lo fueron sus abuelos y sus padres, hasta una cocina de colores vivos..

—Esta no me gusta, demasiado llamativa, yo quiero una de estilo antiguo, de color madera, una cocina de verdad como del siglo XX —avanzaron un poco más.

—¡Esta! ¡Esta es perfecta!

Se rieron, se dieron la mano como si tal cosa. La ansiedad había desaparecido sin que se dieran cuenta, discreta; podría decirse casi que de tanto fingir normalidad casi vivían el momento como gente “normal”.

“Regla nº 2: Acudirán a la cita limpios de conexión y drogas. Durante las 24 horas previas a la cita no tomarán ningún tipo de ansioloides legal ni ilegal. El día de la cita prescindirán del apoyo de cualquier tipo de dispositivo electrónico o humanoide. Tampoco llevarán mascotas biológicas ni animatrónicas. Se verán cara a cara, sin filtros ni maquillaje digital”.

—Daniel, si me hubieran dicho hace 24 horas que iba a ser capaz de hablar con un desconocido sin ningún tipo de apoyo, hubiera pensado que me estaban tomando el pelo.

—Iselina, si me hubieran dicho hace solo media hora que iba plantearme, aunque fuera remotamente, la posibilidad de besar a una desconocida...

Daniel no llegó a terminar la frase, Iselina le plantó un beso en la mejilla.

—Ya no somos desconocidos —susurró.

Él respondió con otro beso en la mejilla opuesta, esta vez casi tocando ya la comisura de los labios. Ahí dudó por un instante, empezó a ver los gérmenes y virus

vijando por su cuerpo, hasta que Iselina le besó en los labios. Un morreo en toda regla como solo había visto en las películas, con lengua y de tornillo.

Ambos habían conocido el sexo pero nunca al estilo antiguo. Era su primera experiencia séptica de faje y magreo.

—Esto es una guarrada, ji ji ji...

—¿Qué será?, ¿amor?, ¿sexo?

—No lo sé, solo sé que quiero tener todos tus gérmenes, tu olor, todo de ti.

De repente a lo que les decía el instinto se unió todo lo que habían visto y aprendido en series de época. Daniel sentó a Iselina sobre la encimera y se asomó con urgencia sobre sus escote. Hubieran hecho el amor allí mismo si no les llega a interrumpir el carraspeo incómodo del vigilante.

—Ejem, ejem, disculpen —dijo azorado un joven de polo amarillo.

—Perdón, perdón. Es una inversión importante, teníamos que probar la cocina antes de comprarla —contestó Iselina, divertida e insolente.

—¡Nos la quedamos! —añadió Daniel, divertido.

El vigilante se escabulló azorado mientras ella se colocaba la blusa y él se acomodaba discretamente el paquete, sorprendido por descubrir de repente tanto vigor y tanto ímpetu escondidos entre sus piernas.

—¿Vamos a la sección de colchones?

—¡Vamos!

“Regla nº 1: La cita tendrá lugar en el “Ikea Museum” del Amazon Analogic Park de Alcobendas, donde los pretendientes emularán en un entorno histórico la experiencia arcaica de relacionarse en pareja como se hacía a principios de siglo, abstrayéndose de todos sus condicionantes neurosociales”.

Antes de llegar a la sección de colchones se cruzó en su camino la de armarios. Se escabulleron dentro de un enorme Pãx modular de puerta corredera, se cerraron por dentro y pusieron en práctica lo que el instinto y su cultura audiovisual les decían que debía de hacerse en esos casos.

Este es un relato para no fumadores y por lo tanto aquí acaba la historia de cómo se conocieron Iselina y Daniel. Después de muchos años y mucho dinero invertido en todo tipo de terapias emocionales y aplicaciones relacionales, el azar los había juntado como los primeros usuarios en probar el algoritmo R3 en su fase beta. En condiciones normales difícilmente una red neuronal comercial los hubiera emparejado, pero coincidieron porque eran los únicos del grupo piloto que habían aceptado las tres reglas.

Esta historia es también el primer caso de éxito de R3 como antecedente de la revolución que estaba por venir, con la aplicación aceleradora de relaciones personales que apenas necesitaba datos sobre los pretendientes y procesaba un puñado de cálculos tan sencillos que podía ser ejecutado por el procesador de una Thermomix.

R3 puso en contacto a dos minusválidos emocionales adictos a *Netflix Classics* y, apenas unas horas después, Daniel e Iselina engendraron al primer bebé fecundado *in vivo* de su generación, dentro del armario Pãx del Ikea Museum de Alcobendas.